

Algunas reflexiones en el XXVII Aniversario del asesinato-martirio de Monseñor Óscar A. Romero

**Marchelly Funes*
y Luis Armando González****

El 24 de marzo de 2007 se conmemoró el XXVII Aniversario del asesinato-martirio de Monseñor Óscar Arnulfo Romero. En distintas parroquias del interior del país, salvadoreños y salvadoreñas se reunieron para honrar la memoria del pastor asesinado en 1980. Las actividades de más realce público se realizaron en San Salvador, en donde, desde la mañana del 24, distintos sectores de la sociedad se integraron a ellas, especialmente a la vigilia que tuvo lugar en las afueras de la Catedral Metropolitana de San Salvador. Un año más, pues, el recuerdo de Monseñor Romero convocó a grupos significativos de la sociedad salvadoreña —significativos no sólo por su número, sino por su calidad humana— que se sienten identificados con el legado de su fe, sus preocupaciones pastorales y su compromiso con las víctimas.

También este XXVII Aniversario de Monseñor Romero ha permitido reflexionar sobre el significado de su vida y obra, su universalidad, su infatigable labor de comunicador y su enorme liderazgo religioso y social. Sin duda alguna, ofrecer una visión global del aporte y proyección de Monseñor Romero supone varios criterios; uno de ellos es echar un vistazo a la historia nacional, lo cual pasa por recuperar la memoria histórica. Esto implica, a su vez, hacer una valoración de la situación social, política y económica de los años en los que el sacerdote mártir ejerció su labor pastoral, así como del modo en que reaccionaron los distintos actores de la época ante esa labor. En este sentido, hay que señalar que Romero desarrolló más intensamente su actividad religiosa y de apoyo por los más desprotegidos (víctimas de abusos de todo tipo, sectores obreros y campesinos violentados en sus derechos fundamentales) desde la segunda mitad de los años setenta hasta su asesinato, el 24 de marzo de 1980. Su pensamiento y

* Analista social del Centro de Información, Documentación y Apoyo a la Investigación (CIDAI), UCA. Correo electrónico: asocial@buho.uca.edu.sv

** Director del CIDAI. Correo electrónico: luisg@cidai.uca.edu.sv

su compromiso social chocaron con el modelo económico social impulsado por los gobiernos de la época —caracterizados por sus prácticas opresivas y por la dependencia hacia los Estados Unidos—, cuya lógica obedecía más a los intereses de los grupos de poder económico que al bienestar de las mayorías. El Salvador era por entonces un país de relativa prosperidad económica (gracias al cultivo y exportación de café, algodón y caña de azúcar), pero dominado por un poder oligárquico que mantenía oprimida y en condiciones de miseria extrema a la mayor parte de la población.

Para hacerse una idea de cómo estaba segmentada la sociedad salvadoreña en la década de los años setenta, conviene recordar un documento elaborado, en 1976, por el Grupo Asesor de la FAO para la Integración Económica Centroamericana. El análisis efectuado por este grupo a partir del cálculo de la distribución del ingreso de la sociedad salvadoreña concluyó lo siguiente: en primer lugar, el estrato bajo constituía el 50% del total de la población; el medio, el 30%; el alto, el 15%; y el muy alto, el 5%. En segundo lugar, el ingreso global por estrato se repartía de la siguiente forma: el estrato bajo se quedaba con el 16% del ingreso total; el medio, con el 24%; el alto, con el 33%; y el muy alto, con el 27%. Finalmente, el ingreso medio per cápita en pesos centroamericanos de 1960 estaba distribuido así: 81 pesos para el sector bajo, 213 para el sector medio, 568 para el alto y 1442 para el muy alto¹.

Al cierre de los años setenta —sin ser ajeno al contexto reseñado—, Monseñor Romero comienza una intensa actividad pública que viene a coincidir con un período de amplio desarrollo de los movimientos populares, que irrumpen con demandas tanto de tipo económico como político. El hecho de que Romero denunciara con vehemencia los abusos e injusticias que se hacían sentir sobre los sec-

tores populares organizados, lo convirtieron en el máximo defensor de los derechos humanos de la época. Eso, a su vez, le granjeó enemigos en los distintos ámbitos de poder. Sin embargo, cuando Monseñor Romero fue nombrado Arzobispo de San Salvador, el 23 de febrero de 1977, los sectores poderosos del país se alegraron, pues lo consideraban una persona piadosa y dócil. Pronto se darían cuenta de cuán equivocados estaban.

Y es que después del asesinato del P. Rutilio Grande, acaecido el 12 de marzo de 1977, la voz de Monseñor Romero comenzó a incomodar a quienes creían que permanecería impasible ante los abusos que cotidianamente se cometían contra aquellos que, dentro de la Iglesia y fuera de ella, clamaban por una sociedad distinta, más justa y solidaria. No podía ser bien recibido por los poderosos que Monseñor Romero dijera en la misa exequial del P. Grande, el 14 de marzo de 1977, que el jesuita asesinado predicaba una liberación inspirada en la fe o que la doctrina social de la Iglesia “les dice a los hombres que la religión cristiana no es un sentido solamente horizontal, espiritualista, olvidándose de la miseria que la rodea”². A partir de ese momento, lo consideraron una amenaza pública por su poder de convocatoria; que fue creciendo día a día y que se hacía palpable en sus homilias dominicales en la Catedral Metropolitana de San Salvador. El púlpito fue el lugar privilegiado por Monseñor Romero para ejercer su labor de comunicador. Pero no le fue ajena la palabra escrita, tal como lo revelan sus colaboraciones en el semanario *Orientación* y, más amplia y densamente, sus homilias y cartas pastorales.

La universalidad de Monseñor Romero

En lo absoluto extraña la capacidad de convocatoria de Monseñor Romero. Convocó cuando estaba vivo y no ha dejado de

1. Grupo Asesor de la FAO para la Integración Económica Centroamericana, “Perspectivas para el desarrollo y la integración de la agricultura en Centroamérica”. Citado en CEPAL, *Desarrollo y política social en Centroamérica*, México, 1976, p. 122.
2. “Una motivación de amor. Misa exequial del Padre Rutilio Grande. 14 de marzo de 1977”. En *Homilias. Monseñor Óscar A. Romero*, Tomo I, UCA Editores, San Salvador, 2006, p. 33.

convocar desde su asesinato, hace 27 años. Ello es así porque Monseñor Romero es, sin lugar a dudas, el salvadoreño más universal. Su universalidad tiene tres dimensiones esenciales: la primera tiene que ver con los valores cristianos que sostuvieron su labor pastoral; la segunda, con los males estructurales que denunció y por cuya superación trabajó incansablemente; y la tercera, con el reconocimiento mundial que obtuvo mientras ejerció su ministerio y que se extendió con su muerte martirial. Amplios grupos sociales reconocen esta universalidad de Monseñor Romero y se sienten orgullosos de ella. Sin embargo, esa universalidad es algo que algunos sectores del país no quieren reconocer, por lo que se esfuerzan por convertirla en algo inexistente o, en el mejor de los casos, de importancia menor.

Es una obviedad decirlo, pero en primera instancia están los ricos más ricos de El Salvador, para los cuales —con sobrada razón— Monseñor Romero sigue siendo algo molesto. Muchos de los abusos cometidos por los poderosos de aquellos años continúan siendo cometidos por los poderosos de ahora. Para la actual oligarquía financiera transnacionalizada, al igual que para sus predecesores terratenientes, la obtención de riqueza a cualquier precio sigue siendo la regla de oro. Es decir, su único dios es la riqueza —tal como fue para sus padres y abuelos—, ante cuyo altar están dispuestos a sacrificar la dignidad y el bienestar de la mayoría de salvadoreños y salvadoreñas. Lo que dijo Monseñor Romero a sus padres y abuelos, y a quienes gozaron de riquezas mal habidas en el pasado, se aplica a ellos. Lo saben y por eso hacen del Arzobispo asesinado y su recuerdo algo inexistente. Para ello, cuentan con dos aliados imprescindibles: el partido ARENA y los grandes medios de comunicación.

Desde ARENA se ha hecho todo lo posible por restarle importancia a Monseñor Romero mediante la promoción del artífice de su asesinato, el ex mayor Roberto D'Aubuisson. ARENA no ha cesado en sus afanes de convertir al ex mayor en un héroe nacional, enalteciendo

los valores profesados por él, haciéndolos pasar como valores que expresan al conjunto de la sociedad cuando en realidad lo único que expresan (al igual que lo hicieron en el pasado) es el interés de un grupo particular por conservar a toda costa privilegios contrarios al bien común. Afirmar a D'Aubuisson ha supuesto negar a Monseñor Romero, lo cual se entiende en un partido que no está ni comprometido con la democracia, ni interesado en la justicia y la equidad sociales. En esta exaltación de D'Aubuisson —correlativa a la negación del legado de Monseñor Romero— ARENA ha contado con el apoyo de las grandes empresas mediáticas.

Monseñor Romero y los medios de comunicación

Monseñor Romero tuvo muchas virtudes. Una de ellas fue que le gustaba llamar a las cosas por su nombre. En el caso de los medios de comunicación, siempre puntualizó que éstos debían estar al servicio del pueblo y no de sectores minoritarios de la sociedad. “Sobran quienes tienen su pluma pagada y su palabra vendida”, dijo con severidad en alguna oportunidad. Era consciente de que los medios de entonces se prestaban —por estar vendidos al poder— a manipular la información y a ocultar las barbaries que se cometían en el país. Hoy en día, el panorama no pinta diferente para las grandes empresas mediáticas, pues no es inusual en ellas —en sus equipos periodísticos— la manipulación y tergiversación de los hechos.

En buena medida, la vocación manipuladora de los grandes medios se explica porque están movidos por un afán de rentabilidad, lo cual los lleva a obviar las funciones esenciales del periodismo: investigar, informar y educar con imparcialidad, objetividad, claridad y sencillez. Abundan los ejemplos de cómo los grandes medios traicionan el ejercicio periodístico, sobre todo cuando a los intereses mercantiles se añaden las fobias políticas. En esta línea, es moneda de uso corriente en los medios de derecha asumir como propias las campañas impulsadas por ARENA en contra

del FMLN. Se trae a colación esta práctica porque los medios no deberían prestarse para desprestigiar a la oposición, sino más bien publicar investigaciones que le permitan al público tomar conciencia del rumbo que lleva el país, de sus problemas y necesidades.

Se torna necesario volver a los años ochenta, pues en ellos El Salvador se vio inmerso en una creciente crisis socio-política. Hay una lección de esa época que no se debe olvidar: las injusticias generan violencia. Y la violencia perjudica siempre a los más débiles. Hay otra lección: la realidad no puede ni debe ser manipulada. En aquella época Romero dijo: “No se crean todo lo que leen en la prensa o se vea en la televisión o se oiga por la radio”. Sus reservas ante los medios obedecían a los compromisos de éstos con la clase pudiente. Hoy en día, Monseñor Romero seguiría con las mismas reservas ante las empresas mediáticas, cuyos privilegios nacen de su alianza con ARENA —que gasta sumas millonarias en publicidad y propaganda— y con la oligarquía financiera transnacionalizada —que usa a los grandes medios para promover un consumismo desenfrenado—. En ese sentido, casi nada ha cambiado en el país desde la muerte del Arzobispo Romero: los intereses económicos siguen prevaleciendo ante la verdad y la justicia.

Las posturas críticas de Monseñor Romero ante los medios de comunicación continúan vigentes. Sus consideraciones y denuncias hacia los medios se pueden resumir en, al menos, cinco aspectos: en primer lugar, los medios deben ser capaces de reconocer sus errores y, además de solventarlos, deben trabajar cada día más por su credibilidad; en segundo lugar, es urgente que no se presten a manipulaciones y politiquería, lo cual implica informar con objetividad, independientemente del poder o influencias de las personas involucradas; en tercer lugar, que se ejerza la verdadera libertad de prensa, es decir, llamar a las cosas por su nombre, sin ocultar o guardarse datos importantes para comprender un fenómeno social; en cuarto lugar, dejar de ejercer un periodismo superficial que reproduce acrí-

ticamente los discursos, posturas y opiniones oficiales; y, en último lugar, fomentar en las y los salvadoreños un espíritu reflexivo que permita a la ciudadanía buscar las raíces de los males que la aquejan y realizar sin miedo los cambios que necesita.

En la actualidad, los grandes medios de comunicación siguen jugando, como antaño, según las reglas de los poderosos. Y en lo que se refiere concretamente a Monseñor Romero, lo hacen respaldando los esfuerzos de ARENA por promover la figura del ex mayor Roberto D'Aubuisson. Este respaldo se realiza de varias maneras. Una, enalteciendo directamente y por iniciativa propia al ex mayor, lo cual ha supuesto ocultar (o no dar cuenta informativamente) de aspectos de su vida que claramente lo convierten en sospechoso de crímenes de lesa humanidad. Otra, dando poco o nula importancia a la figura y obra de Monseñor Romero. Una tercera, prestando poca atención a lo que se relaciona con el asesinato del Arzobispo. En este punto, no se puede dejar de mencionar la baja mostrada por las grandes empresas mediáticas ante la presencia y declaraciones del ex embajador de Estados Unidos en El Salvador, Robert White. Pese a tratarse de una personalidad de primera importancia y que sus revelaciones son claves para entender una de las épocas más dramáticas de la historia salvadoreña reciente —así como el papel jugado en ella por D'Aubuisson—, no hubo seguimiento a sus actividades ni tampoco se dio una cobertura exhaustiva de sus declaraciones. Lo dicho por White acerca de la implicación directa de D'Aubuisson en el asesinato de Monseñor Romero debió haber sido noticia de primera plana en los dos matutinos nacionales, así como punto central en las agendas informativas de los canales de la Telecorporación Salvadoreña. Debió ser así, ciertamente, si se tratara de medios realmente éticos y profesionales, lo cual no es el caso en El Salvador.

Lo anterior nos lleva a un último asunto: la cobertura mediática del XXVII Aniversario del asesinato de Monseñor Romero. Aquí también las grandes empresas mediáticas le siguieron

el juego a ARENA y a los grupos de poder económico: por ejemplo, los dos matutinos —ellos mismos grandes empresas económicas— apenas dedicaron, el 25 de marzo, una breve nota interior a la celebración del aniversario. Lo que debió ser noticia de primera plana —por la universalidad del salvadoreño cuya muerte se conmemoraba, por decencia periodística, por profesionalismo— fue tratado como un acontecimiento irrelevante, secundario, menos digno de atención que un concierto en la zona de los centros comerciales, los pormenores de la captura de una mujer cuyo esposo está acusado de corrupción, los avatares del fútbol nacional o los amores y desamores de las estrellas de Hollywood.

ARENA y los poderosos de El Salvador creen que si algo no tiene presencia en los grandes medios, no existe; o, lo que es equivalente, que una realidad puede ser convertida en inexistente si esos grandes medios no le dan cabida en su universo. Eso es lo que han intentado hacer una y otra vez con Monseñor Romero. Una y otra vez han fracasado, porque el legado del Arzobispo mártir tiene un espacio en otro universo: el formado por las tradiciones de lucha y esperanza de quienes —hombres y mujeres— se niegan a aceptar una realidad donde no hay solidaridad, ni justicia, ni fraternidad.

El liderazgo de Monseñor Romero

El Salvador actual tiene un vacío absoluto de liderazgos. Quienes se autoproclaman líderes políticos o empresariales son, a lo sumo, meros dirigentes partidarios o directores ejecutivos de empresas bien ubicadas en el mercado. Pero líderes nacionales, en el sentido estricto de la expresión, no lo son. Y ello porque no son capaces ni de hacerse cargo de los problemas fundamentales de la sociedad salvadoreña, ni de elaborar y comunicar un discurso sobre los mismos, ni de hacer que amplios grupos del país se identifiquen, a partir de ese discurso, con aquellos problemas nacionales. Monseñor Romero sí fue capaz de todo eso: se hizo cargo de los problemas fundamentales del país, elaboró y comunicó

un discurso sobre los mismos y logró que amplios grupos de salvadoreños y salvadoreñas se identificaran con ellos en orden a buscar su solución práctica.

¿Cuáles fueron las claves esenciales de su liderazgo? La respuesta a esa interrogante supone una amplia reflexión sobre la vida y obra de Monseñor Romero. No es este el lugar para realizar una tarea de esa magnitud, pero sí para perfilar algunas de las claves más sobresalientes del liderazgo del Arzobispo mártir.

Ante todo, su uso eficaz, honesto y lúcido de la palabra. Pocas personalidades en la historia salvadoreña —de las que se tenga memoria— han hablado tan bien como Monseñor Romero. Que hablara bien significa, en un primer momento, que su palabra era clara, es decir, dejaba pocas dudas acerca de lo que quería transmitir. En un segundo momento, era una palabra que tocaba las fibras de la conciencia de quienes lo escuchaban: era una palabra que movía a la reflexión y al compromiso. Por último, se trataba de una palabra honrada, en la cual no traslucía ningún afán de manipulación o mentira. Por todo ello, lo que Monseñor Romero decía estaba cargado de significado; sus frases no eran vacías, sino llenas de contenido. En contraste, estamos en una época en la que se da precisamente lo contrario de lo que sucedía con Monseñor Romero: las palabras no sólo pierden significado —esto es, se desvalorizan—, sino que lo que queda de ellas es usado con fines deshonestos y manipuladores.

En segundo lugar, su preocupación por los problemas del país. Monseñor Romero fue, sin duda, un hombre preocupado por El Salvador. El Arzobispo mártir se preocupaba por el país porque quería entrañablemente a su gente, particularmente a quienes eran violentados en su dignidad humana no sólo por mecanismos estructurales de exclusión, sino también por mecanismos de represión política. La suya no era una preocupación fría y distante, sino cálida y cercana. En otras palabras, Monseñor Romero se sintió afectado por los problemas de El Salvador. Y supo comunicar esa afectación a amplios sectores

de la sociedad salvadoreña que, una vez en contacto con su palabra, ya no pudieron seguir indiferentes ante la realidad cotidiana del país. Contrariamente a lo que le sucedía a Monseñor Romero, lo propio de muchos presuntos líderes que pululan por doquier en estos tiempos es la despreocupación y la indiferencia frente a los graves problemas nacionales y, más específicamente, frente a la suerte de los excluidos y marginados.

En tercer lugar, su renuncia a intereses mezquinos. La mezquindad es un serio obstáculo para el compromiso responsable con los otros. Monseñor Romero fue un hombre comprometido y responsable porque le fue ajena la mezquindad. Su entrega incansable y total a su pueblo es la mejor prueba de ello. Hay evidencias de que los poderosos de El Salvador hicieron lo que pudieron para seducirlo; esos mismos poderosos lo presionaron y amenazaron —antes de acabar finalmente con su vida— en incontables ocasiones. Es decir, pretendieron que Monseñor Romero antepusiera otros intereses a los que él consideró, prácticamente desde el asesinato de Rutilio Grande, como irrenunciables: los del servicio incondicional a las víctimas de El Salvador. De nuevo, lo que predomina en quienes deberían servir a la sociedad salvadoreña, especialmente a sus sectores más vulnerables, es el egoísmo más descarado, lo cual les impide comprometerse en serio —responsablemente, pues— en la búsqueda de soluciones para los problemas del país.

Por último, sus firmes convicciones cristianas. Monseñor Romero fue un hombre de una fe intensa. Pero la suya fue una fe anclada en Jesús de Nazaret: en su vida, pasión, muerte y resurrección, así como en las exigencias concretas que se derivan de esa fe. Y la primera y radical exigencia es buscarlo en quienes sufren, en los desamparados,

en los hambrientos. “Habría que buscar al niño Jesús —dijo Monseñor Romero el 24 de diciembre de 1979— no en las imágenes bonitas de nuestros pesebres. Habría que buscarlo entre los niños desnutridos que se han acostado esta noche sin tener qué comer, entre los pobrecitos vendedores de periódicos que dormirán arrojados de diarios allá en los portales”. Esta fe dio aliento a Monseñor Romero; le permitió ponerse en el lugar de los sin poder y decir lo que nadie se atrevía en unos momentos en los que la sociedad salvadoreña urgía de una voz que hablara por ella. Esa voz fue la de Monseñor Romero. Una voz que desafiaba a los poderosos y redimía a sus víctimas. Una voz firme y audaz; una voz creíble y honrada. Una voz que, de no haber sido apagada, también ahora haría tambalear los cimientos del poder.

Reflexión final

Monseñor Romero fue un hombre de palabra eficaz, honesta y lúcida; fue un hombre de fe intensa, preocupado por el destino de su país; alguien que quiso servir y no ser servido. Monseñor Romero fue un maestro en el sentido más auténtico de la expresión. Como ha escrito Jon Sobrino, “Monseñor enseñó con autoridad, pero no con exclusividad; ofreció su enseñanza con firmeza, pero no como mera imposición formal. Sus escritos son fruto de la reflexión sobre los problemas de los pobres y en diálogo con ellos. Por ello, se observa también una evolución. Monseñor Romero enseñó, pero en la medida en que iba aprendiendo, consultando y dejándose interpelar por las angustias y esperanzas de los pobres. Su magisterio trató de iluminar los problemas sociales y políticos desde la especificidad de la Iglesia, pero esa problemática histórica iluminaba a su vez en qué debía consistir la actuación pastoral de la Iglesia”³.

3. Jon Sobrino, “El pensamiento doctrinal de Monseñor Romero”. En *Cartas pastorales y discursos de Monseñor Oscar A. Romero*, Centro Monseñor Romero, San Salvador, 2007, p. 10.